

III

Mientras el auto corría vertiginosamente en dirección a la ciudad, Hugo trataba de poner en orden las ideas.

Los acontecimientos de esa noche se habían presentado en una forma tan sorprendente que alteraron su calma habitual.

El encuentro con Nelly, tan imprevisto, la resistencia de ella a manifestarle las causas que la obligaron a su casamiento, porque Hugo ahora no le cabía duda que había sido obligado; la actitud al final de Nelly, eran cosas que lo desconcertaban.

El coche se detuvo frente a su lujosa residencia.

—No lo necesito hasta la tarde porque no iré al hospital por la mañana — dijole a su chauffeur — por teléfono le avisaré la hora en que debe venir.

Atravesó el amplio hall silencioso en la penumbra del amanecer, dirigiéndose a la habitación donde dormían sus hijitos: allí estaban las tres cabecitas rubias reposando sobre la almohada sus guedejas en desorden; en las caritas rosadas se dibujaba una sonrisa tranquila, soñaban ¡quién sabe qué dulces sueños arrullaban a esas tres cabecitas rubias!

Hugo, que no se acostaba nunca sin besar a sus hijos, besó suavemente a los tres y tapó cuidadosamente al más chiquito; después se dirigió a su cuarto.

Se acostó y en vano quiso conciliar el sueño; cerraba los ojos y retornaban los recuerdos a agitarse en su cerebro.

Los rayos del sol penetraban ya en la alcoba, cuando Hugo logró dormirse y soñó.....

IV

—Hoy no estoy para nadie — dijole Hugo al portero — como a las cuatro, vendrá una señora, la hace pasar al consultorio, yo estaré allí, a cualquier otra persona que venga, sea quien fuere, le dice que no estoy, que me he ido a cualquier parte.

A pesar de que vivía con su suegra, la señora de Vértiz, desde el fallecimiento de su esposa, Hugo para estar más cerca